

Documentos Históricos – VIII. Homenaje a Mariano Manuel Martínez



Este documento recuerda la figura de Mariano M. Martínez a diez años de su fallecimiento.

Se han compilado los homenajes y semblanzas realizadas en ese período y se señalan algunas de sus importantes contribuciones. Los escritos de su padre, amigos y colegas nos describen su capacidad, bonhomía, generosidad y amor por la vida, lo que hizo de Mariano un individuo singular y carismático.

Por esto, quién escribe estas líneas, considera que poco se puede agregar a lo ya dicho, ya que el conjunto nos brinda una acabada síntesis de su persona.

Las Ciencias Naturales de la Argentina perdieron tempranamente a uno de sus estudiosos y los que tuvimos el privilegio de compartir momentos de su vida, un ser invaluable que recordamos con una profunda nostalgia.

Hugo L. López
Junio de 2008

CONFERENCIAS DE
LIMNOLOGIA



A. BOLTOVSKOY Y H. L. LOPEZ (Ed.)



CONFERENCIAS DE LIMNOLOGIA

Editores:

Andrés Boltovskoy & Hugo L. López

Instituto de Limnología “Dr. Raúl A. Ringuelet”

El personaje de tapa, "Don Limnético", fue mascota de la II Reunión Argentina de Limnología.

Conferencias de Limnología / Conferences on Limnology

Ed.: Andrés Boltovskoy & Hugo L. López

Instituto de Limnología "Dr. R. A. Ringuelet"

La Plata, 1993

ISBN 987-99318-1-5

Publicado por:

Instituto de Limnología "Dr. R. A. Ringuelet"

(UNLP-CONICET)

Casilla de Correo 712

1900, La Plata, Argentina

INTRODUCCION

La limnología argentina comenzó su desarrollo sostenido a partir de la década del sesenta. La creación de la Asociación Argentina de Limnología, en 1984, dio un nuevo impulso a este crecimiento, entre otras cosas, gracias a la organización de reuniones científicas que favorecieron el encuentro de especialistas y grupos de trabajo de la Argentina y del extranjero. Durante el último de estos encuentros (Segunda Reunión Argentina de Limnología, celebrada en la ciudad de La Plata en noviembre de 1991 - RAL'91) se han presentado disertaciones sobre una variada gama de temas limnológicos vinculados con Sudamérica y el mundo. Como verba volant, scripta manent, en este volumen se publica una selección de esas presentaciones.

Sin embargo, el contenido del libro no es una mera transcripción de las exposiciones orales. Se requirió un esfuerzo adicional por parte de autores y editores para adaptar los trabajos a la palabra escrita. En algunos casos los manuscritos sufrieron modificaciones, se les agregaron detalles, y se los proveyó de referencias bibliográficas y de resúmenes. Puesto que un tercio de los textos pertenece a autores extranjeros este volumen excede el marco de la limnología argentina. De los 17 artículos que se publican, trece están escritos en castellano, tres en inglés y uno en portugués.

El resultado es más bien heterogéneo, tanto por los temas tratados, como por el estilo de su presentación. Algunos autores optaron por mantener el espíritu de una conferencia, mientras que otros presentaron su texto en forma de un trabajo más formal. La mayoría de los artículos son revisiones de temas más o menos amplios o síntesis de la obra del propio autor. A pesar de la diversidad de las cuestiones abordados, se ha intentado dar un cierto orden a la distribución de los trabajos, agrupándolos, dentro de lo que fue posible, por temas.

Deseamos expresar nuestra gratitud por la ayuda recibida durante la edición de este libro: a los árbitros que trabajaron en forma anónima; a Adriana Aquino y Lucila Protogino que con singular eficacia nos auxiliaron en la tarea de corrección de pruebas; a Adriana Aquino y Demetrio Boltovskoy que revisaron los textos en inglés.

A. B. y H. L. L.

LAS AVES Y LA LIMNOLOGIA

Mariano M. MARTINEZ

Departamento de Biología (Lab. Vertebrados)
Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad Nacional de Mar del Plata
Funes 3350, 7600 Mar del Plata, Argentina

ABSTRACT: BIRDS AND LIMNOLOGY. - Birds are one of the most conspicuous faunal components of aquatic environments. They participate, directly or indirectly, in the general dynamics of these ecosystems. The most outstanding roles played by birds are, among others: (1) Consumers at different levels of the trophic chain. (2) Suppliers of organic matter; this influence, while still poorly understood, is of much significance at both roosting sites of gregarious species (gulls, herons, ibises, etc.), and at nesting colonies. (3) Transport and interchange of material among different aquatic and terrestrial environments. (4) Birds modify the environment, they cut and accumulate important amounts of aquatic macrophytes during the reproductive season and bioturbate the sediments during feeding process and the locomotion. (5) Casual transportation of living organisms from different ecosystems and distant geographic areas. On the basis of the above aspects and taking into account their size, relative abundance and the time spent in these environments, birds are significant participants in their ecological dynamics. However, in most handbooks on limnology, the role of birds and their importance are neglected, being generally considered as foreign or occasional faunistic components.

INTRODUCCION

A primera vista, las aves constituyen uno de los componentes faunísticos más notorios de los ambientes acuáticos, particularmente de lagunas eutróficas y ambientes estuariales. Esto se debe principalmente a su tamaño, abundancia, coloración y comportamiento. Estos vertebrados no sólo realzan los paisajes acuáticos sino que, desde el punto de vista limnológico, intervienen directa e indirectamente en el funcionamiento general de estos ecosistemas (Hurlbert & Chang 1983). La interrelación en algunos casos es tal, que el conocimiento general de la estructura comunitaria de la avifauna nos puede dar una idea del estado del cuerpo de agua, de su productividad en los diferentes niveles tróficos y de las particularidades de su estructura y función (Reichholf 1981, en Beltzer 1989).

Aunque, según Maitland (1978), pocas aves pueden ser consideradas como completamente acuáticas, aproximadamente 8 de los 28 órdenes actuales (Ziswiler 1980) pre-

Mariano Martínez

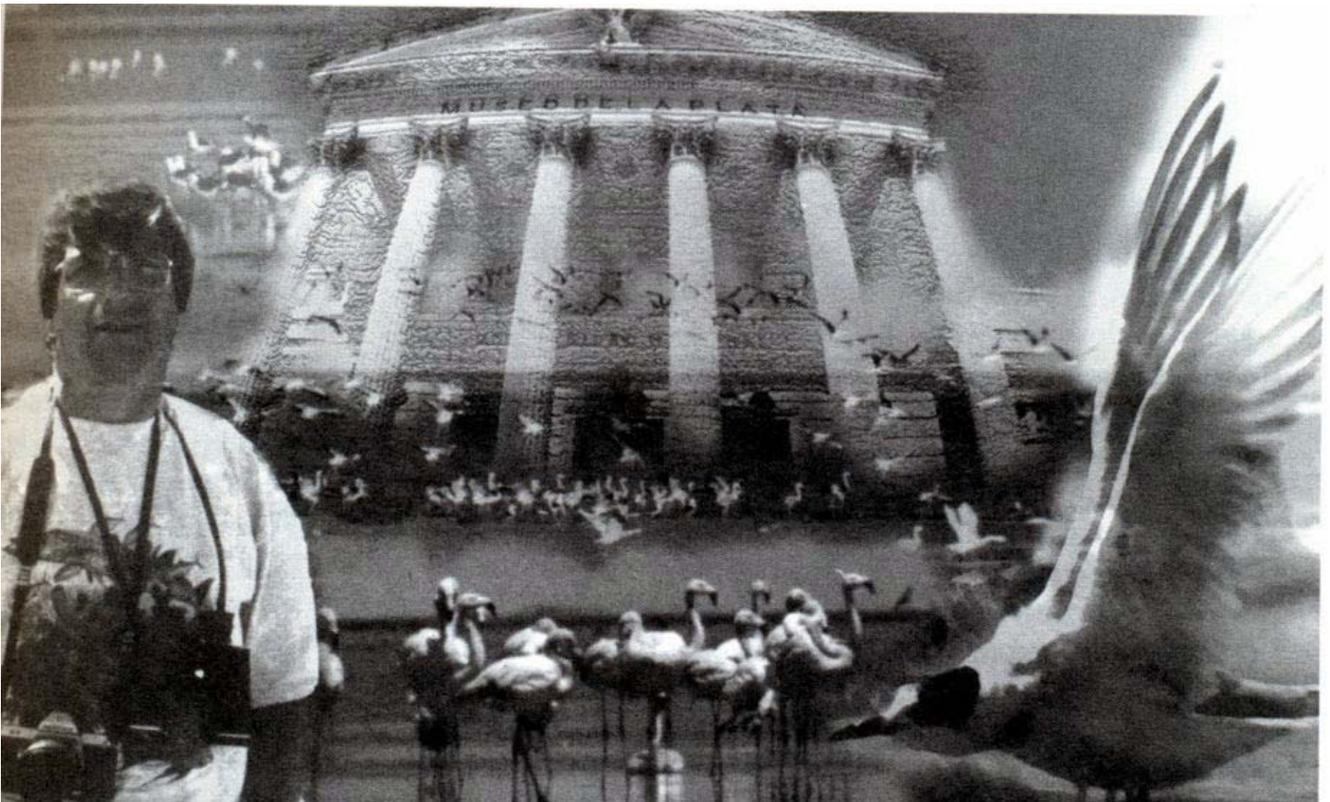
**Un naturalista del Museo de La Plata
por Marcelo Zárate**

Revista Museo, La Plata, Argentina, 2(12): 55-56. 1998

... Llegamos a una gran laguna, casi cubierta de aves silvestres; era de verse el gracioso movimiento de los cisnes negros y el efecto de su oscuro plumaje ... A cierta distancia vimos una casa ... el mismo propietario, un caballero argentino de apellido Martínez vino hacia nosotros y nos invitó a pasar

William Mac Cann

Viaje a caballo por las provincias argentinas



Para aquellos que hemos estudiado en el Museo de La Plata, y que las vueltas del destino nos desparramaron por cualquier lado, existe un fuerte sentimiento de pertenencia compartido, algo que no se explica, pero que se siente intensamente. Es el espíritu del Museo; el intangible, penetrante y misterioso espíritu que uno atesora de aquellos años cada vez más lejanos cuando, entre los vahos de formol de los pasillos, casi un néctar embriagador al evocarlos, descubríamos a los grandes naturalistas, conocíamos a las personalidades de las ciencias argentinas y paladeábamos el sabor incomparable de las campañas, esos viajes imborrables en el tamiz del

recuerdo, convertidos en tradición de las numerosas generaciones de biólogos, paleontólogos, geólogos y arqueólogos que estuvimos en el Museo.

Somos vástagos del mítico Museo y de los tantos, Mariano Martínez fue uno de los críos que supo llevar y transmitir esa impronta emblemática del naturalista formado en el bosque platense.

Desde su infancia suburbana marplatense, allá en los límites de la ciudad todavía pueblerina, donde había nacido en 1956 y donde la vía del tren era el límite casi con el campo, con “el otro lado” según él contaba, Mariano hizo sus primeras armas de naturalista, acompañando a su padre aficionado a los fósiles, a las salidas al campo, a la vida en contacto con la Naturaleza. Fue el único de los cuatro hermanos que decidió estudiar algo que lo relacionara estrechamente con el mundo natural. Y así eligió ser zoólogo y estudiar en La Plata y se recibió y empezó formalmente a dedicarse a lo que le gustaba, las aves.

Anteojos de metal, siempre o casi el mismo viejo modelo que usaba desde hacía años y que se negaba a cambiar, se los calzaba en una muy pródiga nariz la que, en comunión con los anteojos cómodamente montados sobre ella, constituían la dupla, la marca registrada de Mariano. Tal vez, por ese exceso en la ñata encubierta, los amigos del Museo lo llamaron irremediablemente El Tucán.

Tranquilo y callado, hincha tibio de San Lorenzo y un tuerca de los que madrugaba el domingo para escuchar la carrera, Mariano o Nano para su familia, era básicamente un agudo observador, un observador de detalles, de situaciones, muy perceptivo y muy conocedor de los estados de ánimo de la gente, lo que él mismo definía como observador de la fauna humana. Tenía la innata habilidad de entrever eso que uno llamaría eufemísticamente sintonía entre la gente.

Tenía aversión por los números, cualquier cosa con números. Y si algo me hizo admirarlo es que, como yo, detestaba los botones, esa invención tan práctica, pero tan repulsiva que la gente utiliza asiduamente. Pocos seguramente deben conocer esta intimidad y sólo alguien que comparta una repulsión tan redonda y nacarada a veces, ¡sabe lo que significa un botón para quien los detesta! Mariano, sin embargo, había llegado a la osadía de usar camisas, un verdadero logro.

Y si había algo que lo movilizara hasta la médula, eso eran las fiestas, las reuniones, los festejos. Eran acontecimientos imperdibles y Mariano, por supuesto,... ¡infaltable! No era el centro de la reunión, el que suele acaparar la atención del conjunto; todo lo contrario, estaba allí, hablando, riendo, compartiendo. En el 96, había cumplido 40 y nada mejor que celebrarlo con una gran fiesta en la casa familiar de Mar del Plata a la que fuimos muchos de sus amigos. Fue la gran fiesta que organizó con dedicación y que ocupó las charlas de sus amigos durante varios días. Y Mariano la disfrutó con todo, como disfrutó todo lo que la vida le presentó.

Su admirable capacidad de observación, talento que fue perfeccionando con los años, era materializada en sus teatralizadas clases marplatenses. Ningún alumno o espectador casual podía dejar de comprender el movimiento de las garzas buscando alimento o la emoción disimulada de un grupo de gallaretas audaces internándose en un sembrado de trigo tierno, al que Mariano podía imaginar como un delicado manjar para el paladar exquisito de aquellas aves. Y estaba entonces Mariano, levantando su mano, su pie, la cabeza, contorneándose y haciendo cualquier movimiento necesario para convertirse en una de esas aves que tantas veces había visto.

Recuerdo una vez, en una tarde marplatense de la primavera tardía, de esas cuando el calor empieza a apretar, que Mariano captó los cantos de unos pajaritos migratorios en el medio del batifondo ensordecedor del jardincito de la facultad. Según contaba Laura, su mujer, solía estar en su casa escuchando música, otra de sus pasiones, y podía escuchar el paso de algún ave anochecida o tempranera rumbo al lugar elegido. Le encantaba lo que hacía y le encantaban los animales, predilección que él decía, tenía desde la niñez, cuando enfermo, recordaba mirar una y

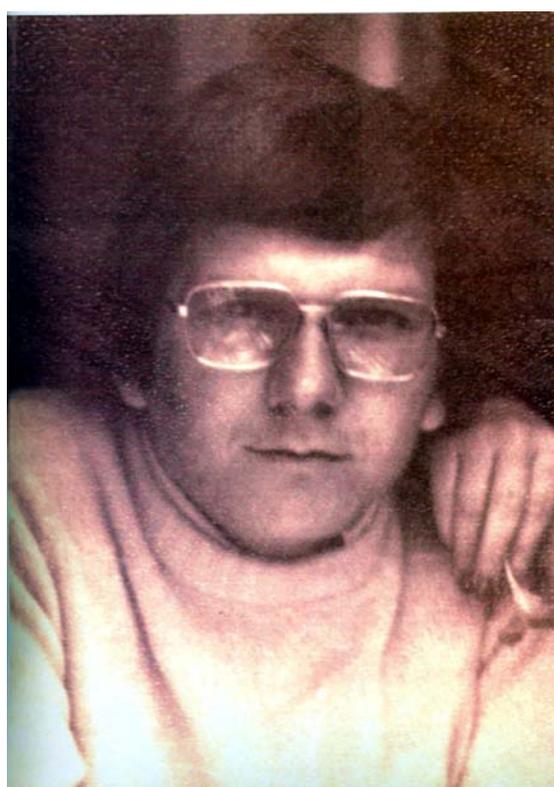
otra vez las fotos de monos, leones y cuanta fiera le mostraran. Fue un ferviente defensor de la fauna, un auténtico conservacionista y ese fue su mensaje genuino, permanente y constante.

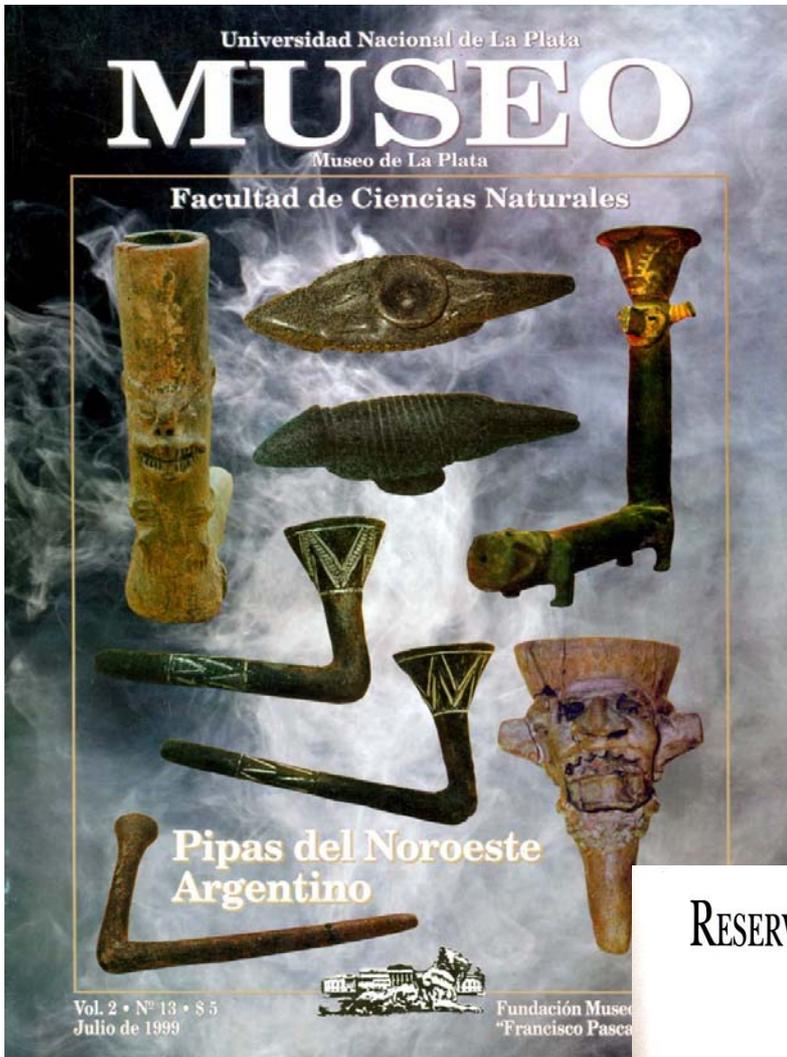
Pocas cosas gozaban tanto como las salidas al campo, era su pasatiempo predilecto. Privilegiaba un día de sol, una tarde de playa, el aire libre a cualquier cosa a puertas adentro. Lo recuerdo recorriendo los pastizales y bosquecitos de talas con sus binoculares y la cámara. Y lo recuerdo silente, abismado en la escena pampeana, mirando, disfrutando. Era entonces, cuando surgía la historia compartida de las escalinatas, la avenida de ginkgos, los amigos del Museo. Recordaba con cariño indisimulado sus años de alumno y los años en el laboratorio de Vertebrados donde a la hora del té de la tardecita, compartía los secretos y los últimos sucesos del edificio del Bosque.

La laguna de Mar Chiquita, al norte de Mar del Plata, había sido su campo de acción, su gran amor naturalista, su objeto de culto. En Mar Chiquita, su lugarpreciado y querido, pasó muchas horas, entre los pastizales y esa laguna a la que conocía como la palma de su mano. Allí fue donde tuvo aquel legendario encuentro muy cercano con un chanco salvaje que lo sorprendió en una de sus habituales recorridas; sus anteojos volaron, el cayó tendido en el piso, y del chanco, ni rastros. Quedó en su anecdotario de campaña con el que solía amenizar alguna reunión o sorprender a sus nuevos oyentes alumnos, admirados por los peligros que había enfrentado el profesor Martínez. Con el tiempo, el chanco se fue convirtiendo en un ser mítico y como era de esperar en nuestra argentinísima idiosincrasia, fuente de inspiración de innumerables bromas.

No se bien el por qué, pero siempre lo imaginé eterno, ni siquiera remotamente alguna vez sospeché que migraría tempranamente hacia su dormidero reparador. Fue tan vital y agradecido a la vida que lo pude sospechar viejito, andando por el campo o mirando el mar, invariablemente tranquilo, escudriñando el horizonte en busca de otras aves. Pero ahora las cosas cambiaron, son diferentes a como las imaginé. A Mariano ya no lo veo. Sin embargo, tengo la certeza de que está allí, en las playas del faro esperando la gran ola para barrenar; está en el silencio de los talares y en los pocos pastizales que van quedando; está fundido en la inmensidad de la Naturaleza que tanto admiró y amó. Y definitivamente está entre las cortaderas y los pastizales de Mar Chiquita con los binoculares y la cámara lista para una foto.

De todos aquellos que lo conocimos, de Laura que lo quiere, de todos sus amigos, de todos, voya este saludo al naturalista Mariano Martínez, un hijo dilecto del Museo de La Plata.





Artículo dedicado a la memoria de

Mariano M. Martínez

Publicado en la Revista Museo, La Plata, Argentina, 2(13): 71-72. 1999.

RESERVA PROVINCIAL LAGUNA DE LLANCANELO: PARAÍSO DE LAS AVES ACUÁTICAS

CARLOS A. DARRIEU (*)
GUILLERMO E. SOAVE (*)
ANÍBAL R. CAMPERI (*)

Esta nota está dedicada a la memoria de nuestro colega y amigo Mariano M. Martínez (1956-1998), quien consagró su vida al estudio de las aves acuáticas.

Ubicación geográfica y características generales

La laguna de Llancanelo (35° 3' S - 69° 10' O) es un cuerpo de agua de aproximadamente 40.000 ha de superficie, ubicado en el Departamento de Malargüe, al sur de la provincia de Mendoza. A una altura de 1330 m sobre el nivel del mar. Se encuentra a 70 km de la Cordillera de los Andes. Flanqueada por cerros precordilleranos de mediana altura, de los cuales los más importantes son El Trapal, El Chingolo, El Nevado y El Coral. Para acceder a esta laguna se debe seguir la Ruta Nacional N° 40 hacia el sur de Malargüe, recorriendo 22 km para tomar luego la Ruta Provincial 186.

Forma parte de una cuenca endorreica -sin desague al mar- de 50 km de longitud por 12 km de ancho, que recibe el aporte del río Malargüe y de los arroyos Malo, Mocho,



Ubicación geográfica de la laguna de Llancanelo, provincia de Mendoza. 1, arroyo Malo; 2, arroyo Mocho; 3, arroyo Chacay; 4, río Malargüe; 5, arroyo Carilauquen.

Chacay, Los Menucos y Carilauquen, así como también de la rapa fréatica. El nivel del agua, y por lo tanto su perímetro, es muy variable, dependiendo fundamentalmente del régimen de precipitaciones. La profundidad es baja, en general no supera los tres metros. Se trata de un ambiente salinizado, con aguas meso y polihalinas (o sea, con salinidad media y alta). La mayor densidad de vegetación se encuen-

tra en la zona noroeste, en la desembocadura de los principales arroyos, donde la salinidad es menor. Entre las helófitas -vegetación emergente- domina el totoral y el junca, y en menor proporción carrizo. La vegetación sumergida está representada por gambarrusa.

La vegetación terrestre circundante se caracteriza por la presencia de dos comunidades principales, una de terrenos bajos salobres y otra de terrenos más elevados en las laderas del cerro Trapal, con predominio de jarilla. Una tercera comunidad de gramíneas se encuentra sobre suelos húmedos.

Laguna de Llancanelo: Reserva Provincial

El 7 de enero de 1980, la laguna de Llancanelo y una faja perimetral de un kilómetro de extensión, fueron declaradas Reserva Provincial (Decreto N° 9/80), principalmente sobre la base de la abundancia y diversidad de aves acuáticas y la gran extensión de este cuerpo de agua. Cabe destacar que hasta esa fecha no existían trabajos científicos sobre su fauna y flora.

A partir de la creación de la Reserva surgió la necesidad de implementar pautas básicas de manejo y de realizar estudios de base. Con relación a lo mencionado, en 1983 se firmó un convenio de investigación (promovido por el Ing. Agr. Ramón Martínez, por entonces delegado de Parques y Bosques Provinciales de Mendoza) entre el Gobierno de Mendoza y la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata.

En el marco de dicho convenio y con el fin de realizar un relevamiento de la avifauna de la zona, se efectuaron entre los años 1983 y 1985 cinco campañas de investigación, prospectando principalmente los sectores noroeste y centro oeste de la laguna. A partir de los datos obtenidos se confirmó la gran importancia de la Reserva.

En mayo de 1985 el director de Bosques y Parques Provinciales levantó la veda en esta Reserva para permitir la pesca deportiva de pejerrey (Decreto N° 986/85).

Esta decisión produjo la reacción de grupos conservacionistas de Malargüe, que comenzaron a movilizarse y a conectarse con

sociedades proteccionistas como Fundación Vida Silvestre Argentina.

Estas acciones llevaron a la presentación, en octubre de 1986, de un recurso de amparo -basado en los resultados obtenidos en las campañas realizadas a la zona de estudio- contra la provincia de Mendoza. El juez dictaminó no innovar hasta la conclusión definitiva del juicio. Recién en 1987 se dispuso que Llancanelo sea considerada como Reserva Provincial, permitiéndose solamente la entrada a la misma del personal a cargo de la Reserva y del personal científico especializado con fines de investigación.

La reafirmación del *status* de la laguna Llancanelo como área protegida, impulsó la realización de nuevos estudios que tuvieron lugar entre 1987 y 1993 (Sosa 1993a, b).

Las aves acuáticas de la reserva

Se registran 64 especies de aves vinculadas al medio acuático (Martínez, 1993), a las que se deben agregar 34 especies de aves terrestres detectadas en las inmediaciones de la laguna. Las familias de aves acuáticas mejor representadas son:

Anatidae (patos y cisnes): 13 especies.
Scolopacidae (becasinas y playeritos): 6 especies.
Ardeidae (garzas): 6 especies.
Podicipedidae (macas): 4 especies.



Garza Blanca. Muy abundante, nidifica en colonias junto a otras especies de garzas.
Flamenco Austral. Especie muy abundante de las lagunas; se observaron unas 10.000 parejas nidificantes.

Acto Homenaje
Museo de La Plata, 07/05/1999

El decano de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Dr. Marcelo F. Caballé y el Jefe de Departamento Científico Zoología Vertebrados del Museo de La Plata, Dr. Hugo L. López, invitan a usted al acto en memoria del Lic. Mariano M. Martínez.

El mismo se realizará en el predio de la mencionada facultad, sita en la calle 122 esq. 60, La Plata, el 7 de mayo del corriente año a las 10 hs.

- 10 hs. Apertura del Acto.
- 10.15 hs. Palabras alusivas.
- 10.30 hs. Disertación sobre la ornitofauna de las lagunas Llanquanelo (Mendoza) y Mar Chiquita (Buenos Aires).





Mariano Martínez egresó de esta casa de estudios obteniendo la Licenciatura en Zoología durante 1981. Su actividad docente comienza en 1977 dentro de la Cátedra de Zoología Vertebrados de esta Facultad, prosiguiendo hasta 1987, año en que se traslada a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde llegó a ocupar el cargo de Profesor Adjunto.

Su actividad profesional se inicia como becario del CONICET, ubicando así en un “marco formal” la tarea que iniciara de muy joven: el estudio de las aves de Mar Chiquita.

Su participación en proyectos de investigación nacionales e internacionales fue muy activa, reflejándose en la publicación de más de 15 trabajos y un capítulo de libro sobre las *Aves y la Limnología*, en el cual logra una síntesis precisa sobre la acción y la función de este grupo de vertebrados en la dinámica de los ecosistemas acuáticos. A través de esta contribución, logró un destacado aporte a nivel docente y de investigación.

Tuvo una activa participación en reuniones científicas y una importante actividad en la formación de recursos humanos y en tareas de extensión, generando numerosos informes de diferentes áreas del país. Entre estos últimos, se destaca el referido a la laguna Llancañel en Mendoza, con el que reforzó el camino ya iniciado para que este ambiente acuático fuera designado sitio RAMSAR durante el año 1997.

Al margen de esta síntesis, podemos agregar que Mariano fue un auténtico naturalista con conocimientos que iban más allá de lo estrictamente ornitológico, anteponiendo el respeto a la naturaleza sobre todas las cosas, aún a costa de entorpecer su propio trabajo.

Mariano poseía muchas virtudes que lo alejaban de los patrones de conducta lamentablemente generalizados entre los profesionales de las ciencias naturales.

Era un ser agradecido y respetuoso con todos aquellos que ampliaron sus conocimientos y le dieron un espacio en esta profesión tan vocacional como ferozmente competitiva.

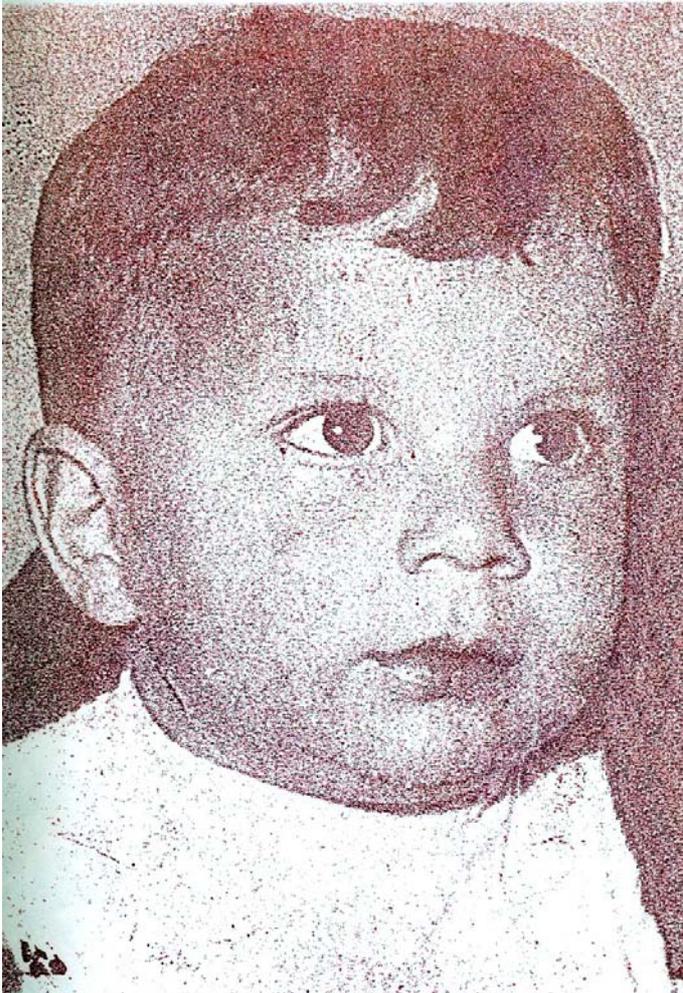
Además, tenía una actitud solidaria y generosa, brindando sin ningún tipo de cálculo curricular su tiempo y saber a todos aquellos que se le acercaron.

Todo esto hace de Mariano una de esas personas difíciles de olvidar y con un estilo propio surgido de su amor a la vida, a sus seres queridos y a su profesión.

A aquellos que tuvimos el privilegio de conocerlo, nos queda su recuerdo y el de los momentos compartidos. Subconscientemente, elegiremos algunos. En mí permanece su sonrisa sincera y el calor del abrazo de nuestro último encuentro.

H. L. López

Lic. Mariano Manuel Martínez
Zoólogo-Ornitólogo
Homenaje a Mariano



Mariano nació el 13 de mayo de 1956. De todos nuestros cuatro hijos, él fue el de mayor peso al llegar al feliz nacimiento ¡4,100 kg!

Siendo un robusto lactante, nunca fue un nene molesto para su madre y su bisabuela, Luisa Díaz de Nieto, que colaboraba en su atención con especial ternura.

A los seis meses se le presentó un gran forúnculo en la eminencia temporal derecha y me vi obligado a drenárselo con un rápido accionar de bisturí en el mismo moisés de mimbre que fue su primera cuna. Parecía darse cuenta que yo actuaba buscando salvarlo de un mal desconocido que lo aquejaba, pues en el período siguiente a la incisión, cada vez que me acercaba a atenderlo o cambiarle la curación, extendía su pequeño brazo y me acariciaba el rostro con indescriptible suavidad.

Siempre fue amigo de acariciar, siendo generalmente su mamá la destinataria más privilegiada de esas manifestaciones afectuosas, hasta que aquel chico se casó...

Ya en edad escolar, acostumbraba yo a salir en el auto los domingos a la mañana en unas excursiones que hacíamos con los cuatro chicos por el camino de la costa, y

Marianito siempre viajaba en la parte de atrás, de pie y mirando continuamente el campo circundante, pues siempre le apasionó la vida animal.

En una de esas ocasiones detuve el auto y me puse a apuntarle a un chimango posado en el alambrado con mi Winchester y de repente sentí una voz infantil en el colmo de la angustia que me gritó ¡¡¡NO LO MATES!!! Había sido Marianito desde su observatorio de la parte trasera del auto.

Aparecía en ese momento un ecologista por convicción a poner en su lugar a quienes fuimos capaces de matar animales por diversión en otras remotas infancias del pasado.

No tiré un tiro más en mi vida.

Por aquellos años 60, comenzaba a utilizarse una expresión afirmativa agregada al verbo que servía para reafirmar una convicción: “con todo” Y así Mariano decía, apoyando su zoofilia

– ¡Las víboras me gustan con todo! ¡Las ratas me gustan con todo! ¡Las arañas me gustan con todo!

En cuanta ocasión se tocaran temas biológicos era frecuente que dijera algo así.

Muy chiquitito, de unos 3 años, recuerdo que una vez, e la orilla de un arroyo, él me señaló una rana macho entre los pastos en posición de salto y muy cerca; viéndome a la expectativa, me dijo en su media lengua de entonces: ¡¡¡AGAUALA!!! Por bastante tiempo fue incapaz de pronunciar la R; una de las palabras más difíciles de decir en su lenguaje inicial fue RELOJ, que por su dificultad con las erres Mariano decía “UEGLOJ”. Eso fue algo extraordinario, hasta en algunos pocos años lo aprendió y por eso, cuando a duras penas se recibió de bachiller, le regalé un Jaeger-Le Coultre con esfera negra.

A veces me acompañaban a hacer visitas médicas después del almuerzo, pues yo nunca dormía siesta, los dos más chicos, Mariano y María Eugenia, que esperaban en el auto mientras yo atendía. En una ocasión debí colocar junto a ellos a una señora que tenía grandes dolores por una colecistitis aguda y la tenía que operar de urgencia. Mis dos chiquitos, como testigos del dolor humano que presenciaban por primera vez, se arrinconaron junto a la enferma. Los dejé en la puerta de nuestra casa y aún recuerdo a los dos al trotecito hacia su hogar, con conciencia de que algo grave pasaba, mientras yo emprendía rápido camino hacia la Clínica Central a cumplir con una indicación de cirugía de urgencia.

Otra vez en que me acompañaban aquellos dos mismos compinches de itinerario diario postprandial, al volver al automóvil a continuar mis visitas encuentro a María Eugenia llorando. Al preguntarle qué le pasaba me dijo con voz entrecortada:

– Nano me puso una arveja en la nariz –

Yo me preocupé y quise reprender al travieso hermano con un reto intrascendente. Mariano, con ese gesto tan típico de búsqueda de absolución, con las palmas de las manos hacia delante, me respondió:

– Y... yo no sabía donde ponerla –

Total, fuimos los tres a la Clínica Central; a la nenita le colocaron las enfermeras en una de las camillas de parto anchas y cuadradas en la parte del piso de cirugía que apuntaba hacia el sol de la tarde; yo acodé 90° el milímetro distal de una aguja para inyección intramuscular y con ese anzuelito improvisado extraje felizmente por enganche la arveja que estaba obstruyendo la fosa nasal derecha de la nena. Todo terminó con felicidad. Ya entonces la aflicción se cambió por una expresión risueña y después por carcajadas al recordar la justificación de aquel niño: - Y... yo no sabía donde ponerla –

Un señor mayor que vivía lindante con la prolongación posterior de mi propiedad y era testigo de los juegos de mis chicos y algunos otros de la vecindad, me dijo una vez refiriéndose a Mariano:

– En ese chico he notado algo especial Dr., bríndele todo lo que usted pueda, le aconsejo que lo estimule, no lo descuide –

Y era tal la preferencia que este pequeño manifestaba hacia el mundo animal, que en la etapa del colegio secundario se dedicaba a estudiar todo lo referente a zoología y las demás materias recibían de su parte el más profundo desdén. Esa actitud le creó dificultades ulteriores en la etapa universitaria por haber descuidado una formación básica en química y física, bases del conocimiento e interpretación de los fenómenos biológicos, y en los idiomas, la historia del mundo, la geología y la geografía. Por ello, debió aguantarse algunos aplazos al haber pretendido enfocarse muy prematuramente en su tema excluyente: LA VIDA ANIMAL. Hasta matemáticas debió reaprender.

Ni siquiera quiso ser veterinario, pues no soportaba tener que hacer sufrir a otro ser viviente. Cuando en un determinado trabajo práctico debió sacrificar a un pequeño animal para agregarlo a su presentación, sufrió moralmente en una proporción que nos asombraba; lo mismo ocurría cuando daba asilo y protección a una paloma herida si ésta evolucionaba mal y se moría; en cambio, cuando lograba solucionar el problema y el pequeño ser irracional era liberado emprendiendo el vuelo, daba gusto ver la expresión de ese chico que parecía haber encontrado la felicidad suprema.

Cuando alguno de los perros que componían el elenco vigilante de nuestra casa cometía el error de llevar acabo un atentado contra alguno de los animalitos que Mariano tenía bajo su protección, ese can trasgresor sabía que nuestro hombre de ciencia le iba a caer pesadamente sobre sus costillas con un garrote a propósito, aunque no tan pesadamente, pues siempre había reincidencias en ese tema. No aprendían.

Las cartas semanales de aquel hijo son piezas antológicas y todas comenzaban con el saludo cordial:

Queridos padres y hermanos: ...

En una excursión a Camet Norte, yo había encontrado junto con un amigo un esmilodonte completo (tigre colmillos de sable del Pleistoceno), pero le faltaba el cráneo y le pedí a Mariano que me contara las vértebras de toda la columna del ejemplar que existe en el Museo de La Plata (el que hace poco fue prestado a los japoneses). Mi hijo mandó un detalle admirable describiendo las vértebras por regiones, con sus características y, además, aconsejaba estudiar la columna de los gatos que es prácticamente igual en pequeño.

A Mariano le gustó haber debido estudiar en La Plata porque él tenía conocimiento del valor científico mundial del Museo de Ciencias Naturales fundado por el Perito Francisco P. Moreno, creó en 1886, donde también trabajó Florentino Ameghino. Para mí siempre representó su preferencia como una manifestación a distancia temporal de remotos anhelos que se fijaron en las personalidades de mi hermano César y mía propia, los elocuentes mensajes de amor al mundo natural que nos habían dejado los pequeños grandes libros de la naturaleza de Ángel Cabrera, perteneciente a aquella biblioteca infantil de Espasa Calpe que nos regaló papá allá por los años 36, comprendiendo también sus libritos rojos sobre insectos del sabio francés Fabre. Yo veía a Mariano una concreción, una secreta realización de aquellas preferencias biológicas que a nosotros nos llevó a la medicina y a él a la realidad de una vocación con pocas perspectivas de lucha por la vida, pero formado por aquel consejo del profesor español Carlos Giménez Díaz a sus alumnos:

– Nunca dejen de ser hombres de ciencia –

Fue muy feliz al haber tomado el rumbo deseado. Mi tercer hijo varón, aunque se fue demasiado pronto, dejó una huella clara de sinceridad y amor por lo que quiso estudiar...

Su detallada y constante observación por años de la fauna avícola de la laguna Mar Chiquita, al norte de Mar del Plata, le permitió poner en evidencia algunos hallazgos originales, entre ellos, descubrió nidos de una golondrina del hemisferio norte que, en sus extensas migraciones, se establecían en los meses de verano en nuestra zona y nunca anidaban. Mariano descubrió varios nidos de esas aves debajo de un puente de cemento de un arroyo vecino al lugar. Entonces, ¡también anidaban!

En una de esas exploraciones en Mar Chiquita, hallándose entre los pajonales cerca de la ruta de la costa, fue atacado por un enorme cerdo salvaje (chanchito salvaje) que por suerte no llegó a morderlo y tan sólo lo embistió haciéndolo caer hacia atrás sin lesiones. Estaba solo y una herida en el muslo podría haber sido fatal en muy pocos minutos; nunca sabremos por qué aquel animal enfurecido no lo mordió. En esa circunstancia Mariano perdió los anteojos y manifestaba que en el momento del ataque, en su imaginación, vio repetirse terroríficas escenas de películas de ambiente africano, como accidentes y peligros en safaris.

En la relación familiar, este muchacho demostró condiciones que lo erigieron como referente moral en cualquier circunstancia; en cierto momento de su vida, ante su presentación a un concurso de antecedentes para lograr un puesto como docente en su especialidad, le ofrecí alguna influencia personal que lo favoreciera y de inmediato me exteriorizó su negativa con firmeza y convicción. Recibí de él otra lección.

Estas luminosas anécdotas son demostrativas de que teníamos a nuestro lado un personaje especial, a quien un parásito tropical salteño le acortó la vida tras 17 años de evolución a los 42 años de edad...

Infinidad de promesas que ofrecía esta notable individualidad han quedado trucas y, sin embargo, sigo esperando su mensaje, porque siempre, a través de nuestra curiosidad científica hacia la naturaleza, hubo entre los dos en forma permanente una muy intensa comunión de almas, al cumplirse en él una de mis vocaciones más apreciadas: el estudio e investigación de la vida animal.

Agradezco con mi esposa y mis hijos esta evocación a las autoridades de nuestro inolvidable Museo de La Plata, animador de aquellos sueños de infancia y juventud.



Rodolfo E. Martínez Peralta

EXCURSIÓN A MAR CHIQUITA CON EL PROFESOR MARTÍNEZ

MARCELO A. ZÁRATE

CONICET, IANIGLA/CRICYT, CC 330, 5500 Mendoza, Argentina
mzarate@lab.cricyt.edu.ar

Mariano Martínez, profesor de la Universidad Nacional de Mar del Plata, conoció la laguna de Mar Chiquita como pocos. Cambiando el orden acostumbrado comienzo esta nota agradeciendo a Oscar Iribarne la oportunidad de volver a explorar en mi memoria algunas de las innumerables anécdotas que lo tuvieron a Mariano en papeles protagónicos y que espero, sirvan para reflejar algo del mundo del profesor Martínez y sus alumnos y su apasionada visión y cariño por la Naturaleza.

Como todos los años, y repitiendo el eterno rito del comienzo de clases, nos preguntábamos como serían los nuevos grupos, los noveles estudiantes recién llegados, y los otros, los que ya terminando su estadía universitaria, serían nuestros próximos candidatos alumnos. Los preparativos, las expectativas, los eternos cambios en ciernes de todo nuevo ciclo, las novedades imprevistas e inesperadas que salpicaban cada inicio, a veces tumultuoso, coloreaban nuestros almuerzos en alguno de los bares que rodean el complejo universitario de la Universidad de Mar del Plata. En aquel escenario tan concurrido, en esos mediodías tan vitales, Mariano Martínez era uno de los profesores comensales de la partida.

Las charlas no eran exactamente conversaciones con un hilo conductor ordenado, pausado y tranquilo. En general, el que llegaba iniciaba una nueva línea temática y las variadas líneas se cruzaban, se superponían y se interponían. El encuentro auto convocado funcionaba como una especie de catarsis, por cierto resuelta muy caóticamente, en la que expurgábamos sinsabores varios, quejas, noticias. Mientras tanto, se saludaba gente a diestra y siniestra, que a su vez introducía sus bocadillos verbales breves, pero succulentos, sobre la última planilla recién aterrizada, tan desconcertante como su genial y desconocido compositor, o bien la búsqueda frenética de alguien por otro alguien que lo había visto merodeando por el lugar, interrumpía fugazmente la docena de diálogos simultáneos. Por supuesto, todo ello con el telón de fondo de decenas de otras conversaciones y aromas mezclados de café, de especialidades culinarias repetidas, adivinadas a distancia y de delicatessen varias como los alfajores de maicena, por citar una de las preferidas de

Mariano que pedía con un gesto circular de sus dedos.

Como éramos amigos, intentaba sentarme no muy lejos para charlar un poco. Muchas veces, para Mariano aquellos mediodías, fueron el ámbito propicio para lanzar el proyecto de algún nuevo esbozo de clase o de una estimulante propuesta para llevar adelante.

En uno de aquellos tumultuosos almuerzos a principios de los noventa, Mariano llegó con cara desencajada. Si bien no era de hablar mucho, esa vez no dijo casi nada, sólo contestaba preguntas con lacónicas respuestas monosilábicas. Esa tarde, después del acostumbrado almuerzo, daba su primer teórico como Profesor. Ya tenía muchos años de docencia a cuestas, pero siempre como auxiliar, primero en el Museo de la Plata y luego en Mar del Plata. Creí adivinar su estado de ánimo ante la novísima e inédita prueba a la que se exponía por primera vez imaginando toda suerte de complicaciones, todo aquello que no recordaba del tema o no había podido preparar como deseaba.

Estar a cargo de una asignatura y preparar las clases teóricas, era un enorme compromiso y una gran responsabilidad. Como en las situaciones de exámenes, y las clases lo son para un docente, quizás supuso que escrito en su frente había un cartel de letras negras, de tinta indeleble, revelando lo que ignoraba, lo que no había podido investigar, lo que no había averiguado, sus dudas. Qué podía hacer en mi caso, sino darle aliento y deseárselo suerte con la seguridad de que todo saldría bien. Por supuesto pasó airoosamente la prueba y a la tarde su cara retomó el semblante habitual, aunque demostraba un cansancio tan agobiante, como si hubiera ido corriendo a Mar Chiquita ida y vuelta y en el entretiem po se hubiera dado un largo chapuzón en el mar, de esos que le gustaban tanto.

Para esas clases y para todas las que siguieron, tenía que leer todos los libros a su alcance, todos, absolutamente todos, aún el que le había llegado pocos días antes, lo último de lo último hasta el último minuto y hasta la última página. Lleno de nombres que parecían escapárseles de las orejas, sobre ciclos, lugares, aparatos digestivos, respiratorios, articulaciones, músculos, huesos innumerables,

plumas, escamas y pelos de diverso tipo y adaptaciones versátiles de lo más increíbles, partía rumbo al aula, caminando con paso cortito y rápido, los pies levemente hacia fuera, dejando detrás una estela turbulenta de información que se arremolinaba y salpicaba los costados. Era lógico entonces que se preocupara y hasta ofusara un poco cuando no encontraba la respuesta o motivación que buscaba. Su propósito, como el de todo docente, era quebrar esa mirada vacua con que la audiencia estudiantil nos conmueve a veces hasta la médula cuando no se llega a ellos. Bien conocida por cualquier docente es esa atmósfera de silencio sepulcral con las caras pintadas, maquilladas de atención, aunque detrás de esas máscaras inmutables, que pretenden atender, hay pensamientos de lo más variados y hasta a veces sonoros ronquidos no disimulados. El docente, el Profesor Martínez en este caso, ponía todo su esfuerzo apelando a recursos variados y novedosos insertando ese conocimiento de detalles y hasta olores y sabores que conocía perfectamente bien, luego de tantos y tantos años. Repentinamente se transformaba en alguna ave y matizaba el torrente de información con algún gesto o contorsión que simulaba al espécimen en cuestión en actitudes diversas, comiendo, caminando, acechando. Era imposible olvidarse de esos detalles de la vida doméstica de los animales que no figuraban en los libros y que Mariano reproducía fielmente.

Había días, en que no se sentía receptivo y decía que parecía como si tuviera estopa en la cabeza, referencia analógica que, por cierto, he incorporado para estados similares que con mayor frecuencia experimento. Había veces en que salía del aula pleno, realmente contento, pues sentía que la clase había cumplido su objetivo, estaba conforme. En otras, en cambio, le parecía que no había logrado entusiasmar a los estudiantes y quedaba bastante preocupado y pensativo. Una pregunta que no había podido responder lo dejaba siempre con un sabor amargo que le costaba digerir. Esperaría hasta la próxima vez para compensar lo que él vivía como un gran traspé.

Como todo aquel convencido de lo que hace, en su papel docente, el profesor Martínez, logró plasmar en las clases esa inquietud motivadora y el cariño por el mundo natural. Había logrado lo que sólo algunos profesores logran y fue imbuir de apasionado encanto lo que hacía con lo que decía, con lo que enseñaba, con lo que transmitía. Consiguió esa comunión, a veces inusual, entre el ocio del placer y el negocio del trabajo. Por supuesto, eso se notaba y trascendía sus clases y por eso consiguió el reconocimiento de los estudiantes.

Me comentaba sus experiencias con los grupos

de estudiantes y quienes, a su juicio, habían demostrado tener esa actitud contemplativa, curiosa y plena de los que aman la Naturaleza y trabajan en el laboratorio amplio del campo. En sus cursos lograba conocerlos muy bien y podía armar un certero diagnóstico de sus personalidades e intereses.

Su carácter tranquilo y callado, con cara amigable, eran una especie de imán para el acercamiento de muchos estudiantes y también de la gente en general que venía a verlo sin previo aviso, como es costumbre entre nosotros, por alguna consulta, alguna pregunta, algún descubrimiento, algún ave de extraño plumaje avistada en algún confin. Con todos se tomaba su tiempo y así quedaba varado muchas veces por largos ratos en esas entrevistas imprevistas.

Me hizo partícipe de varias de sus ideas que con meticulosidad, papel y lapicera en mano, se encargaba luego de detallar en un ámbito más tranquilo. Concertábamos el encuentro que hacíamos coincidir con las últimas horas de la tarde cuando la actividad general menguaba y los murmullos se apagaban; podía ser su oficina o la mía. Mate mediante, me explicaba puntillósamente qué tipo de clase había perfeñado y cuál era la función que en este caso yo cumpliría. Se aseguraba con repetidas preguntas si había comprendido lo que quería que hiciera a lo que respondía afirmativamente con mi más firme convicción.

Generalmente, luego de ese compromiso puntual, cercano y realizable que nos había reunido, derivábamos y naufragábamos en las aguas de proyectos más ambiciosos, con rumbos geográficos exóticos y distantes o bien muy vernáculos y próximos. La inmensa mayoría quedó como esos bocetos inconclusos de los pintores, delineados con dos o tres trazos gruesos. Sin embargo, en aquellos momentos, cumplían para nosotros una función fundamental, nos alejaban de las pequeñas complicaciones cotidianas y al finalizar nos despedíamos con la ilusión que da la certeza de la posibilidad, aunque más no sea remota.

Y como discípulo del Museo de la Plata, hizo de los viajes de campo una cuestión prioritaria para la formación de los estudiantes de Biología. Era inconcebible que nuestros alumnos no tuvieran la oportunidad de pisar, tocar, palpar el mundo biológico que tenían en los libros y en las mesadas de los laboratorios. Mariano actuó en consecuencia e incorporó las salidas de campo en la tarea de enseñar Ciencias Naturales. No era azaroso entonces que sucumbiera ante la irrefrenable tentación de conocer distintos lugares con la condición de que estuvieran, eso fue siempre un requisito insoslayable, poco modificados, es decir lo más cercano a lo que eran antes de que nuestra especie pusiera sus

pleta y eficiente requisa. Fuimos una vez a cierto lugar de la laguna que Mariano había visto cambiar con el transcurso de los años. Una especie de pequeño delta en la desembocadura de uno de los arroyos tributarios. Había sido testigo de esa mutación y entre sorprendido y fascinado, me daba detalles de cómo se habían acumulado los sedimentos temporada tras temporada, cómo la vegetación había colonizado pausadamente el lugar y qué planes podrían surgir para que los estudiantes desarrollaran. Casi imposible resulta describir lo que eso representó para él, lo valoraba como tesoro incalculable. Había encontrado la llave que abría alguna de las puertas que conducían a los secretos múltiples de la laguna.

Y así, en cada nuevo ciclo de clases Mariano y sus alumnos repetían la excursión exploratoria a la laguna. Ahora, me parecen esas bandadas migratorias de los chorlos anónimos que cada año vuelven a Mar Chiquita y que él había seguido infinidad de veces. De la misma manera, esos grupos de alumnos poblaban la laguna momentáneamente, la recorrían, la escudriñaban de la mano guía del profesor Martínez. Vaya uno a saber, pero tal vez aquellos chorlos o flamencos que tenían individualizado a Mariano como el *rara avis* con ojos múltiples, habrán pensado que llegado a su etapa adulta traía a su múltiple prole para enseñarles y seguir con el eterno ciclo de la vida. Creo que no se equivocaron.

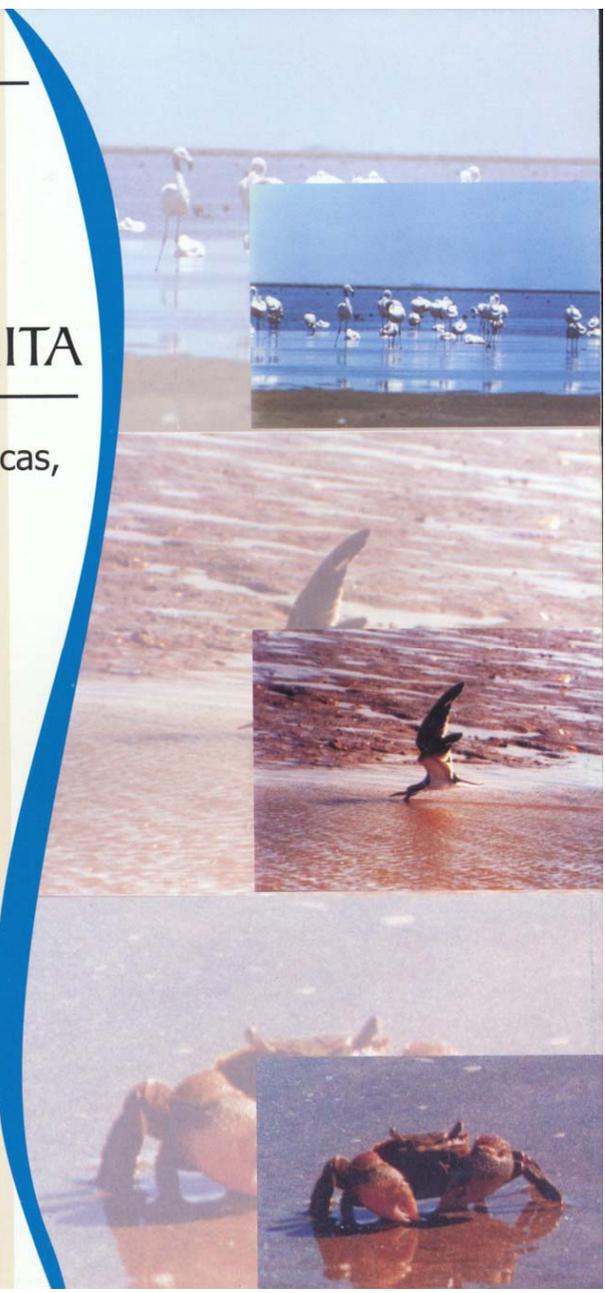
Del montón, algunos quedaron prendidos y retornaron al año siguiente y al siguiente y al siguiente, todos con esos ojos cilíndricos, con el gran ojo y el característico trino clic, clic, clic. Ahora que lo pienso me convengo de que las aves tenían razón. No me queda la menor duda de que son sus pichones, convertidos en adultos. Son los discípulos del profesor Martínez que siguen con la tarea de abrir las múltiples puertas que Mariano entreabrió intentando develar los secretos de la laguna. Algunos de ellos con vuelo propio están en las páginas de este libro.



RESERVA DE BIOSFERA MAR CHIQUITA

Características físicas,
biológicas
y ecológicas

Oscar Iribarne (EDITOR)



RESERVA DE BIOSFERA MAR CHIQUITA

Características físicas, biológicas y ecológicas

Oscar Iribarne (editor)

Esta publicación fue realizada con el apoyo de la Oficina Regional de Ciencia y Tecnología de UNESCO para América Latina y el Caribe (ORCYT), de la Universidad Nacional de Mar del Plata y de la Fundación Antorchas.

La publicación completa puede ser citada como:

Iribarne, O. (editor). 2001. Reserva de Biosfera Mar Chiquita: Características físicas, biológicas y ecológicas. Editorial Martín. Mar del Plata, Argentina. 320 pp.

RESERVA DE BIOSFERA MAR CHIQUITA

CARACTERISTICAS FISICAS, BIOLÓGICAS Y
ECOLÓGICAS

Oscar Iribarne
Editor



Las fotos de tapa pertenecen a Mariano M.
Martínez y Pablo Ribeiro

Diseño de tapa: María Eugenia Martín

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual. Puede ser reproducida total o parcialmente con propósitos educativos o de difusión sin fines de lucro, siempre que se cite la fuente.

IMPRESO EN ARGENTINA

©Oscar Iribarne
osiriba@mdp.edu.ar

©EDITORIAL MARTIN - 2001
EditorialMartin@speedy.com.ar

I.S.B.N.: 987-543-014-5

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Multicopy S.R.L. sitos en calle Catamarca 3002 de la ciudad de Mar del Plata, a los 30 días del mes de agosto de 2001.

AVIFAUNA DE MAR CHIQUITA SÍNTESIS DEL TRABAJO DE MARIANO MANUEL MARTÍNEZ*

*En este capítulo se intentó realizar una síntesis del trabajo realizado por Mariano M. Martínez (1956-1998), como tesis doctoral, que no pudo concluir. Está basado en sus borradores y se trató de ser fiel a su trabajo, esperando haberlo logrado. La responsable de esta tarea ha sido Laura Ferrero, con la inestimable e imprescindible colaboración de María Susana Bó y Juan Pablo Isacch.

Birds of Mar Chiquita. Abstract. Mar Chiquita is included in a transitional biogeographical area between Subtropical and Patagonic Domains where the amazonic birds are dominant. This region involves a variety of habitats in a reduced area. Many species of birds live or visit the coastal lagoon and related environments, 182 species were recorded of which around 80 species are migrants and 81 were recorded breeding. The high diversity of birds increases the ecological value of this area.

Mar Chiquita constituye un área de interés faunístico por diversos motivos. En primer lugar, desde el punto de vista biogeográfico, se encuentra en un área de transición entre la Zona o Dominio Subtropical y la Zona o Dominio Patagónico (Dabbene 1920, Ringuet 1955, 1961). Por otra parte, entre los ambientes acuáticos continentales de la Argentina, esta laguna costera o albufera, es un biotopo único en su tipo. Los ambientes estuariales (estuarios y lagunas costeras) son, junto con las selvas y arrecifes de coral, los ecosistemas naturales más productivos del mundo. Es decir, que producen mayor cantidad de alimento potencial por unidad de tiempo. Además, en esta región, en un área relativamente pequeña, se concentran una gran cantidad de ambientes, en gran parte representativos de la llanura pampeana: pastizales de flechilla, pastizales halófilos (espartillar y hunquillar), pastizales de cortadera, montes de tala (únicos árboles autóctonos de la zona), lagunas pampásicas con juncales, bañados, campos de pastura corta, médanos vivos, playas de arena, playas de limo, marismas, arroyos, la albufera y otros.

Esta heterogeneidad ambiental, se ve reflejada en la fauna y, por ende en las aves, que por su tamaño, colorido y canto, constituyen uno de los grupos más conspicuos. Las aves tienen un rol fundamental en la dinámica ecológica del ecosistema estuarial, actuando como uno de los principales grupos consumidores y aportando una gran cantidad de detritos orgánicos (Olivier et al. 1972).

En este capítulo se dan a conocer, a partir de datos registrados durante casi dos décadas, la composición de la avifauna de la albufera Mar Chiquita y de ambientes terrestres y acuáticos relacionados, la distribución y variaciones en la abundancia de las diferentes especies a lo largo del año, así como los registros de las especies que nidifican en la zona y las principales áreas de nidificación.

1. CARACTERÍSTICAS GENERALES Y UBICACIÓN BIOGEOGRÁFICA

La albufera Mar Chiquita se encuentra ubicada al noreste de la ciudad de Mar del Plata. Es un cuerpo de agua de tipo estuarial, de poca profundidad, con un gradiente de salinidad decreciente de la boca hacia el interior, cuyas variaciones de profundidad y salinidad están relacionadas con las mareas, las lluvias y el viento. El relieve predominante es el que caracteriza la región conocida como Pampa Deprimida (Frenguelli 1950). Los campos que rodean el cuerpo de agua, se caracterizan por ser sumamente bajos y se inundan frecuentemente por el desborde de la albufera y, en algunos sectores, conforman típicos ambientes de marisma. La presencia de cordones conchiles, de hasta 4 m sobre el nivel del mar, producto de la acumulación de conchillas marinas, alternando con terrenos bajos de la llanura marginal, favorece la formación de bañados. Al este de la albufera, se ubica una cadena de médanos costeros vivos, que se ensancha progresivamente de sur a norte. Al oeste, dunas de limo, que representan el relieve de máxima altitud del área (hasta 25 m sobre el nivel del mar, Schnack et al. 1982), separan la albufera de cuerpos de agua dulce como las lagunas Nahuel Rucá, Hinojales y Sotelo. Además, desde el norte y oeste, recibe el aporte de varios arroyos y canales (Fig. 1).

En concordancia con las características estuariales del ecosistema, la composición avifaunística se caracteriza por la presencia de aves marinas costeras (*Haematopus palliatus*, *Calidris canutus*, *C. alba*, *Arenaria interpres*, *Chionis alba*, *Larus dominicanus*, *L. atlanticus*, *Sterna hirundinacea*, *S. hirundo*, *Thalasseus maximus* y *T. sandvicensis*), aves acuáticas continentales (*Coscoroba coscoroba*, *Cygnus melancoryphus*, *Anas*

Esta publicación esta dedicada a la memoria de un amigo y colega, el Lic. Mariano Manuel Martínez (1956-1998). Mariano realizó un invaluable aporte al conocimiento biológico-ecológico de esta región y, más importante aún, colaboró directa o indirectamente en la formación de muchos estudiantes de grado y posgrado. A todos nos mostró cuán importante es salir al campo y ver la naturaleza "funcionando", una práctica poco común en la actualidad.